

## Enrique Casellas Rodríguez Sevilla 8 de Mayo de 2004

### Ave María Purísima

La ilusión es uno de los estados más preciados del alma, e ilusionado con toda mi alma me dispuse a emprender el trayecto hermoso que me ha acercado hasta este estrado.

Su majestad el rey Baltasar había dejado en mis retinas la imagen que cada año me devolvía a esa niñez que nunca me desnudó del todo y que aun hoy, quizás hoy más que nunca, me sigue dando el calor de los recuerdos. La ilusión de los sevillanos me decía: "hasta luego", desde el corazón de la calle Asunción y como un niño con los bolsillos endulzados y la mirada humedecida atravesaba el puente de San Telmo y cruzaba las aguas en las que tantas veces se miraron mis ilusiones.

Al otro lado, en la Ronda de Capuchinos, Vía Augusta de mis amores, me esperaba Ella, la que convirtió el día de la Epifanía en uno de los días grandes de mi casa. Ella, que al igual que en Belén, recibía a la humanidad manifiesta en los magos de oriente para que adoraran al fruto de sus entrañas. Ella, que cada seis de enero desdibuja los sentimientos y los convierte en suspiros, en susurros a su vera. La Emperatriz de los cielos y de la tierra, humilde y generosa, siempre ofreciendo, siempre intercediendo, siempre sonriente, siempre ilusionada y motivadora con su eterno ejemplo.

Y a Ella me encomendé con un beso, en la mano que tantas veces había besado, la mano que acaricia al Cordero, Pastor de nuestra vida; y al igual que del Cordero, de la flor de mi boca brotó un Ave María que hoy vuelvo a entonar a las plantas de María del Rocío, para que mis palabras sean dignas de su Sevilla y de sus hermandades, y para que mi pulso ilusionado se contagie del suyo, firme y paciente regazo del Dios Niño.

Bajo tu manto, Madre, pongo mis ilusiones. ¡Que Dios te salve!.

Hoy vengo como de niño

con flores a Ti, María.

A este altar, hoy letanía

de Pureza Inmaculada.

Hoy quiero dejar pintadas

en las fachadas del aire,

como antaño defendiera

tu virginidad Sevilla.

Con el celeste del cielo

y el carmín de tus mejillas

dibujaré con mis versos

sin pecado concebida.

No le pondré al alma bridas

ni a la fe cercos ni almenas,  
ni a los amores cadenas,  
ni a la ilusión cortapisas.  
Que hablar de Ti no precisa  
ni prudencia ni reparos.  
En tus vivencias me amparo  
y en tu ejemplo busco norte,  
así encontraré el soporte,  
la firmeza y la templanza  
para alzar mis alabanzas  
desde este atril pregonero,  
hoy exhalando romero  
como nardos en agosto.  
Y aunque sólo traiga el costo  
de un cobujón de poemas,  
hasta el pulso por mis venas  
late gritando tus glorias,  
grabadas en mi memoria  
con convicción sevillana  
de veinticuatro campanas  
que a un clarear agosteo  
le brinda pedir tres sueños  
para que Tú los bendigas.  
Mi voz quiere ser cantiga  
o pincelada de Grosso  
y aunque se quede en esbozo  
sincero de una oración  
llevará mi devoción,

curtida desde mi infancia  
con la serena prestancia  
de un ramillete de flores,  
que cada mayo tenía  
aromas de poesías  
que entre pupitres se alzaban  
y a las aulas perfumaban  
con la alegre cantinela  
legada de las abuelas  
y que invitaba a porfía  
a ir con flores a María.  
Hoy, como toda mi vida,  
hasta que llegue mi hora  
sea mi voz tu flor, Pastora  
sin pecado concebida.

Eminentísimo y Reverendísimo Señor Cardenal Arzobispo de Sevilla.

Ilustrísimo Señor Teniente de Alcalde, Concejal Delegado de Fiestas Mayores.

Ilustrísimo Señor Presidente y Junta Superior del Consejo General de Hermandades y Cofradías de nuestra ciudad.

Excelentísimas e Ilustrísimas Autoridades.

Queridas Hermandades de Gloria

Hermanos todos en el Señor y en María Inmaculada.

Tras haber recibido, allá por noviembre, la llamada que me ofrecía ocupar el lugar desde el que hoy os hablo, acogí la invitación del Consejo de Cofradías para compartir un almuerzo navideño de confraternidad. Aquella tarde tuve la oportunidad de hablar de las causalidades, coincidencias que salpican nuestra vida y que siempre esconden, al menos desde mi punto de vista, un por qué, aunque visto desde fuera pudieran parecer simples casualidades, sin más.

En aquella ocasión hablé de todos los momentos importantes que había tenido la suerte de vivir en el año dos mil tres, relacionados con el mundo de las hermandades y que había sido mi nombramiento el colofón inesperado que colmaría un sin fin de causalidades que se habían cruzado en mi camino.

Y llegó el año nuevo, cargado de efemérides y afortunadamente en lo personal, aunque hoy no venga al caso, lleno de buenas noticias. Mas habría una que confirmaría de pleno la teoría de las causalidades, siempre desde el prisma de la fe.

A pesar de que los amaneceres de este pregón tomaran forma los primeros días del año tuve que cejar en mi empeño, ya que necesitaba una noticia que hasta el mes de febrero no llegaría, ¿Cuál sería la imagen que llenaría este altar?

Antes de seguir, permitidme que os cuente una historia de amistad y lealtad que derivaría en una causalidad contundente.

Hace ahora cuatro años, en una tertulia de buenos amigos, dos de ellos con entusiasmo me trasladaban su intención de formar una candidatura para la junta de gobierno que al poco tiempo se elegiría en una hermandad de Gloria Sevillana, por lo que se apresuraron a pedirme que yo fuera aquel año pregonero. Yo, por quitar hierro pero sin poder eludir la invitación, les propuse que lo dejáramos para el último año de su mandato.

Pasó el tiempo y se acercaba el momento de cumplir lo pactado lo que para ser sincero y tras haber saciado mis responsabilidades sentimentales que no eran otras que las de mis hermandades, no me terminaba de convencer, ya que consideraba que aquello me llevaría a muchos más compromisos que, por trabajo y por no querer prodigarme en el género, no sabría como solventar.

Aquella idea impacientaba mi mente cuando fui reclamado para estar donde hoy estoy. Aunque sabía que tras mi nombramiento ya no me pedirían que cumplimentara aquella promesa, mi lealtad y la palabra dada no me dejaban tranquilo.

Una noche de febrero recibí un mensaje que me estremeció el corazón. Me anunciaba que imagen presidiría el pregón.

La hermandad a la que pertenecen los amigos de los que les hablaba es la del Rocío del Cerro del Águila y Dios ha querido que aquel pacto no sólo se cumpla sino que tenga el marco impensable, hace cuatro años, del Templo Mayor de Sevilla.

Queridos Juanma y Paco, ¿Es o no es una causalidad?

Ante lo que está de Dios  
no podemos escaparnos,  
por eso estoy donde estoy  
a Sevilla pregonando.  
Y por eso desde el Cerro  
ha venido un simpecado,  
por sellar una amistad,  
una promesa y un pacto.  
El Rocío de la gracia  
ha venido rociando

las callejuelas del centro  
con los perfumes de un barrio  
que sabe de los Dolores,  
de Abandono y Desamparo  
y que se quita las penas  
cuando se va caminando  
al albor de tamboriles  
de una mañana de mayo.

Hoy, se vino en procesión,  
al son que marca el rosario.

Al clarear la mañana  
se vino el Cerro rezando,  
sin mujeres de flamenca,  
hombres de corto, caballos,  
ni el aire de romería  
de cuando se va cantando  
camino de esas veredas,  
la ermita blanca buscando.

Hoy se vino en procesión,  
tras su Paloma volando,  
que nunca la dejó sola  
ni entre varales de palio,  
ni en la carreta de plata,  
ni en terciopelo bordado.

Que la Virgen es veleta  
sobre su amor, campanario

siempre moviéndose al viento  
de su vivir cotidiano.

Veleta y viento van juntos,  
juntos la Virgen y el barrio,  
juntas penas y esperanzas,  
juntos lo dulce y lo amargo.

Y como siempre van juntos  
hace ya cincuenta años  
que hacen juntos el camino.

Ese barrio sevillano  
que, porque así Dios lo quiso,  
se trajo su Simpecado  
de la Virgen del Rocío  
y se marchará soñando  
con altivez de campanas  
como locas repicando,  
como repica mi sangre  
y mi cuerpo emocionado.

Rocío de mis amores,  
gracias por haberme dado  
la gracia de pregonarte  
y la de no haber faltado  
a la palabra que un día  
yo sellé con dos hermanos  
que hoy se vinieron contigo  
y siempre están a tu lado.

Hoy el crucero es ermita,  
Cerro del Águila y canto

a la Virgen del Rocío  
y la Giralda retablo  
para ensalzar esa gloria  
por la que estoy pregonando.

Glorias de Sevilla, que injusta a veces la historia, pero que fiel la devoción de los sevillanos. Como las cambiaron los tiempos, pero como siguen teniendo la intimidad de los amores puros. Cuantas han sido relegadas a segundos planos de popularidad, pero como sigue firme el fervor del arraigo.

¿O se puede comprender el barrio de la Feria sin la egregia presencia de su Reina de Todos los Santos?, ¿o el de la Trinidad sin el Auxilio de la dulce mirada de la dueña de sus corazones?, ¿o el de San Gil sin esa flor del Carmelo, escapulario de ruegos y promesas?, ¿o a la Alfalfa huérfana de Salud y de sonrisa sin María, sostén de la alegría de ese Dios infantil?, ¿o al de San Pedro sin el Pilar de sus ruegos?

Podríamos arrancarle a Sevilla la memoria, pero tendríamos que partirla el corazón para que no sintiera la fuerza de ese imán devocional, que con el roce del día a día se acentúa por cada rincón donde es venerada una imagen gloriosa y cercana.

Desgraciadamente, en muchos casos nos dejamos confundir por los oropeles de la historia y aunque sin desmerecerla, no somos capaces de aprovechar la fuerza de ese fervor, tal vez minoritario, pero de una pureza sin mancilla, que es el aliento que ha mantenido encendido el ascua que hoy nos calienta.

¿Quién no recuerda las estampas de aquellas Vírgenes de barrio bajo el cristal de la mesita de noche de las abuelas? Esas imágenes que no veíamos en postales ni recordatorios de la ciudad, ni en las latas de dulce de membrillo, costureros de siempre, que nunca habíamos visto retratada en el almanaque que colgaba tras la puerta, ni la escuchábamos nombrar con orgullo y esos golpes de pecho de los que aun no se han enterado que representan a la misma mujer que vivió en Nazaret y que llevó en su vientre a nuestra salvación.

Esas imágenes que alimentaban y alimentan la sed de misericordia de los sevillanos y alrededor de las cuales se agrupan fieles que forman modestas hermandades pero de una calidad, creo que sin igual.

El que vive de verdad una hermandad de Gloria es equívocamente visto como cofrade de una segunda división entre algunos sectores chovinistas que se alejan del sentido real que debe prevalecer en éstas. Vivir como cristiano, sentir como cristiano, seguir a un Cristo manifiesto en cada palpitar de una ciudad y en un mundo, -¡ay!-, que tanto se aleja de la doctrina sagrada y universal del amor.

Por amor y sólo por amor, viven a diario los cofrades de gloria. Alrededor de advocaciones, tal vez en la mayoría, menos populosas pero que hablan de una sociedad mejor, de un mundo colmado de alegría, donde los hombres siempre tendremos el amparo de su mediación.

Cuanto viste en esta tierra nuestra decir que somos de tal o cual hermandad de rancio abolengo y archiconocidas imágenes pero, sin por supuesto arrancar un ápice del sentir de la mayoría de los miembros de dichas corporaciones, creo que debemos ir canalizando la afluencia de hermanos en nuestras hermandades y sin sacrificar la religiosidad popular, fundamental cantera de la fe, buscar cofrades de calidad, con intención de servicio a unas asociaciones comprometidas que miren de frente a los tiempos que corren.

Eso, pienso que lo llevan de ventaja las hermandades de gloria ya que el que se acerca a estas, poco provecho personal, salvo el espiritual, pueden sacar.

Alcemos la bandera de María Inmaculada, cantemos sus glorias que son las nuestras, reivindicemos sin complejos la condición de hijos de Dios y de la que fue manifiesto de su amor, proclamemos nuestra fe con la humildad de los corazones nobles y hagamos digna a Sevilla de ese título que atesora y ondea orgullosa.

Tierra de Santa María

alza tu voz y tu canto,

que el venero de tu fe

siga brotando y brotando.

Siempre que necesitaste

el cobijo de su manto

te arrulló con voz de azúcar,

consoladora de llantos.

Cuando el fuego del dolor

calentaba tu pasado,

la frescura de su nombre

daba sentido a tus pasos.

Tierra de Santa María

alza tu voz y tu canto,

que el venero de tu fe

siga brotando y brotando

En callejones de dudas,

buscando el dónde y el cuándo,

la respuesta de su ejemplo

liberaba tu calvario

y brotaban azucenas

disimulando los cardos

que salpicaban de espinas

los senderos empedrados

Tierra de Santa María



alza tu voz y tu canto,  
que el venero de tu fe  
siga brotando y brotando.  
Tú, que ofreciste tu sangre  
por defender el legado  
de tradiciones y dogmas  
que te han inmortalizado,  
no permitas que se acallen  
ni que quieran arrancarlos  
de tu alma de callejas  
salpicadas de naranjos.

Tierra de Santa María  
alza tu voz y tu canto,  
que el venero de tu fe  
siga brotando y brotando.

Y que avance, como avanza  
la enredadera en los patios,  
en cada esquina su nombre  
de cien maneras nombrado  
con títulos jubilosos  
de oraciones salpicados  
que retratan las virtudes  
que puso Dios en sus manos.

Tierra de Santa María  
alza tu voz y tu canto,  
que el venero de tu fe  
siga brotando y brotando.

Dicen que es de bien nacido

agradecer lo premiado  
y por eso tú, Sevilla,  
llevas su nombre grabado  
del aljarafe a la vega,  
desde la sierra a los llanos,  
de orilla a orilla del Río,  
siempre María en los labios.  
Tierra de Santa María  
alza tu voz y tu canto,  
que el venero de tu fe  
siga brotando y brotando  
Ante esa flor de Judea  
arrodillados pasaron,  
santos, reyes, poderosos  
y el pueblo sencillo y sabio;  
no hay quien no rinda respeto,  
veneración y agasajo  
a ese ramo de jazmines  
que venera el sevillano.  
Tierra de Santa María  
alza tu voz y tu canto,  
que el venero de tu fe  
siga brotando y brotando.  
Y si acaso tropezaras  
pídele por tus pecados,  
Ella abogará ante Dios  
como siempre que has errado  
Mientras tu escudo, Sevilla,

siga su emblema arbolando  
 la protección de la Virgen  
 siempre te estará alumbrando.  
 Tierra de Santa María  
 alza tu voz y tu canto,  
 que el venero de tu fe  
 siga brotando y brotando.

Acaba de colarse mayo en nuestras vidas, el mes de los incipientes jardines, el mes bautizado de las flores, el mes de María.

Mayo le da paso a las glorias para que se apoderen de los barrios.

Lejos quedaron los tiempos de las cruces en los patios de vecinos y de los chiquillos arremolinados junto al pianillo. Poco queda de aquella Sevilla castiza de cruces de flores, picú, algarabía de vecindad y cadenetas de papel agarrándose de un balcón a otro como sellando con sus colores la vida de aquellos vecinos que, según me contaron mis mayores, vivían en una armonía que poco tenía que ver con la escasa convivencia que hoy nos invade.

Pero esta tierra nuestra se aferra a la nostalgia con lo que buenamente puede de lo que aun le queda de pureza, y a mayo le quedan lazos que no se llegaron a desatar a pesar de que cambiaran las mentalidades y las formas de vivir.

Uno de esos lazos indisolubles que nos quedan es la afición a las trabajaderas, esa experiencia única por la que un grupo de hombres manifiestan su fe con el dulce sacrificio de soportar el peso de unas andas que son, por unas horas, el altar en el que se les lleva a Sevilla sus devociones para que las sientan cercanas.

Esta tradición cuenta con una cantera que se forma mientras juega con pasitos improvisados, a veces con una simple caja de cartón y otras con parihuelas más o menos trabajadas que, en la escuela de artes y oficios cofrades callejeros, son elaboradas con el esmero de esos chiquillos, simiente de una Sevilla cofrade.

Afortunadamente los programadores informáticos no han podido encontrar un simulador para ofrecer en videoconsolas el juego costalero de Sevilla. De todos modos más vale no dar ideitas.

Los niños juegan y lo hacen con la más pura esencia de nuestro sentir. Así nos hemos curtido casi todos los que hoy servimos a nuestras hermandades desde las trabajaderas.

El siguiente escalón del aprendizaje siempre fue una hermandad de gloria.

El que les habla se forjó bajo las plantas de San Juan Bosco por la Trinidad, de la Virgen del Carmen por San Gil, de la del Juncal junto al Plantinar, de la Pastora por San Martín o Capuchinos y pude comprobar como muchos de aquellos hombres que compartieron mis ilusiones primeras, hoy forman parte activa de las glorias sevillanas.

A veces es criticado el colectivo de costaleros. Ciertamente es que alguno hay, que se pone un costal y parece que le han dado el Nobel de sevillanía, pero también es justo reconocer que es una forma noble de acercar a jóvenes y no tan jóvenes a las hermandades y cofradías o lo que es

lo mismo, a la iglesia que son y que forman. La formación y la canalización de estos es harina de otro costal y valga la redundancia.

Costales que también son ofrenda y ejemplo de entrega, a los pies de la que se entregó a la obra redentora de Dios, y que desde Mayo hasta noviembre exaltan sus glorias entre sudores y amistad.

Y será como un Rosario ese camino,  
que hasta octubre prepare a una cuadrilla,  
que a la voz amorosa de Sevilla  
asuma el dulce peso de su sino.  
Y de frente, con pausada cadencia,  
desde las plantas mismas de "Santana",  
transformará en tributo a una Triana,  
fiel reflejo y altar, que por herencia  
aun la aclama patrona de esa casta  
de hombres que se hermanan con sudores  
y racheo que a un compás breve desgasta  
zapatillas de arte y de primores.  
Que el que sabe de abajo ni protesta  
ni se alivia del peso de la vida,  
pues no tiene más pago que una herida  
y el respeto que el pueblo manifiesta.  
Y eso curte y modela un sentimiento  
que no entiende a esta tierra sin costales;  
oración bajo las plantas maternas  
de ese pilar de fe, nuestro sustento.  
Cuando resuene plata en la llamada,  
en el décimo mes del calendario,  
se volverá Triana relicario  
para acoger la eterna llamada

que, con perfume a nardo e incensario,  
incendiará en costumbre costalera  
al pueblo que la implora y la venera  
Madre de Dios y Nuestra del Rosario.

Triana, con sus maneras, le imprime a las hermandades una armonía particularísima que se traduce en gentío y en calor del arrabal a todo lo que suene y huela a Triana.

En Triana no hay fronteras  
pero si cruzas la orilla  
santiguarse es santo y seña  
del que va y viene a Sevilla.  
Lo que antaño fuera entrada  
del puerto camaronero  
es hoy altar de esa Virgen,  
Patrona del marinero.  
Carmen de Puente y capilla,  
bienvenida del que llega,  
adiós para el que se va,  
cobijo del que se queda.  
Carmen, Faro de los mares  
que en el puente o en "Santana"  
trae recuerdos de esos ruegos  
llegados de tierra indiana.  
Carmen, plazuela y trascoro,  
Carmen de velá y cucaña  
Carmen de barco en el río,  
luz de los mares de España.  
Carmen, barcaza que acerca

a Sevilla hasta Triana.

Pero Triana a María

con otros nombres la llama;  
y en trono de amor o en risco  
o en romero altar de plata  
o entre cuentas de un rosario,  
la procesiona y la clama.

Mayo y Septiembre la arropan,

la glorían y la exaltan  
y la reciben con flores  
y la acercan a las casas.

Y octubre le pone un broche

con otoñales fragancias  
cuajando de avemarías  
los naranjos de una plaza.

Donde haya fe allí está el barrio,

doctorado en Esperanzas,  
llevando de puerta en puerta  
a María Inmaculada.

Así te reza ese barrio,  
diferente, Madre Santa.

Y yo que aprendí a rezarte

con costales y alpargatas  
un buen día allí crucé,  
porque sentí tu llamada.

Yo que conocí tu altar

sin flores y sin plegarias,  
hoy doy gracias a los cielos  
porque al calor de unas andas,  
allénde el puente, sentí  
como una herencia olvidada,  
de bondad y pastorado,  
volvió a iluminar las caras  
de los que se resistieron  
a dejarte abandonada  
y a perderse del cayado  
de su humilde Soberana.

Ya no hay quien pueda olvidarse  
de tu aroma y tu elegancia,  
ni de tu sencillo nombre,  
ni de tu humilde enseñanza,  
ni de tu dulce figura,  
color de jazmín al alba.

Ya se olvidaron los tiempos  
de esa soledad callada  
que privó a los trianeros  
de ver como te acercabas  
pastoreando en tu paso  
como Pastora cercana.

Ya no te dejará sola  
nunca tu barrio, Triana.

Auxiliadora de Mayo,  
-Luminaria Salesiana  
que iluminaste a Don Bosco

con la luz de la enseñanza  
para que fuera testigo  
de la doctrina cristiana-,  
no dejes de dar auxilio  
al arrabal de Triana.  
Guía con cetro de Reina  
a ese tu reino de almas.  
Y cuando suenen los vivos  
a tus pies, Paloma Blanca  
y la calle Evangelista  
te cante por sevillanas,  
Sevilla entera querrá  
que le vuelvas tu mirada.  
Milagroso Valuarte,  
Ostensorio de la gracia,  
Flor de las flores de mayo  
en terciopelo plantada,  
custodiada por columnas  
por ángeles cinceladas  
de las que cuelgan racimos  
de limones y naranjas,  
con techo "pa" que el relente  
de la marisma soñada  
no porfíe a tu frescura,  
Rocío de la mañana.  
Cuando resuene el repique,  
del tamboril la llamada,  
con los sonidos de siempre



porque les viene de casta  
y el prioste emocionado  
con su mano levantada  
surque un sendero de vivas  
con un nudo en su garganta  
Sevilla será Rocío,  
romería y caravana  
que se irá tras la carreta  
del ⑥ Simpecao ⑦ de Triana.

Y desde Triana me dispondré a peinar con un peine de alabanzas la orilla de la Giralda. En mi recorrido, siempre guiado por Santa Juana, pasearé como tantas tardes y atravesaré el corazón de Sevilla buscando mi barrio de siempre.

Consciente de cual sería el recorrido más corto, os pido la venia para que mis pasos puedan callejear sin trazado ni condicionantes. Sólo quiero guiarme por la rosa de los vientos sevillana, María.

Y a su Amparo me encomiendo, para tal menester, Amparo que me recibe en la Magdalena, señorial cobijo para tan soberana efigie, contrapunto sobrio que complementa y une las dos orillas de una ciudad de continuos contrastes. Amparo para una collación que honra a Jesús en su Pasión y en la Gloria infinita del Santísimo Sacramento. Amparo para una feligresía que ha visto como pasa la vida con la rapidez de lo cotidiano pero que encuentra en el Sagrado Corazón de su Madre Purísima, -Atalaya aljarafeña, aromada de juncia y romero sacramental cuando los soles calientan-, la cadencia tenue y sigilosa que la oración requiere.

Cuanta historia habrán contemplado los "plátanos de la India", fieles custodios del regio sagrario, -calvario para una muerte salvadora y trono para el inmaculado corazón de la Reina del Amparo-, que forma la Magdalena.

Hoy en mi recorrido me arrodillo ante tanta majestad y busco en su Amparo el meridiano de una barrera invisible que lleva de la puerta Real al Postigo.

De la Calle Dos de Mayo  
hasta la puerta Real  
los ecos de un Dios te salve  
callejando se van.  
El Guadalquivir refleja  
el sentir de una ciudad,  
campanarios y espadañas

de Humeros al Arenal.  
Sabor de Sevilla añeja,  
populosa y señorial.  
En medio, la Magdalena  
con aires de Catedral,  
puerta que separa al centro  
del puente y el arrabal.  
En mi paseo de amores  
busqué tu Amparo en tu altar  
de ese templo, donde tuve  
la dicha de pasear  
tantas mañanas de Corpus  
tu Pureza Virginal,  
y allí me diste el Amparo  
para poder caminar  
y atravesar a Sevilla  
como si fuera un puñal  
de coplas y de poemas,  
recorriendo la verdad  
de el camino que buscamos:  
-fe esperanza y caridad-,  
virtudes, Madre del alma,  
que en tu ejemplo se nos da.  
Con tu Amparo voy, Señora,  
con tu Amparo hasta el final.

Como decía, si tomamos como epicentro de una barrera de devociones la parroquia de la Magdalena, este está flanqueado por un racimo de advocaciones cuyos puntales sostienen las cuentas de los rosarios que entonan las capillas de Dos de Mayo o de los Humeros. Esta última

custodia una imagen de María que comparte devoción y barrio con su vecina chiquitita y hermosa de las Mercedes. Las dos representaciones de la Madre del Señor han marcado las vidas de un barrio, besado cada mañana por brisas de amaneceres violetas de soles nuevos que le dan luz a la otra orilla. Collación que sabe que tras el descanso estival, cuando el calendario lo regresa al ajeteo del devenir cotidiano, sus devociones les devolverán el regalo de su presencia llenando cada rincón con las íntimas estampas que brindan las procesiones sevillanas.

Dos devociones separadas, tan sólo, por la antigua Puerta de Goles y el colegio de San Laureano, y unidas por los rezos y las súplicas de una vecindad que lleva tres siglos de veneración a las imágenes de la Virgen de las Mercedes y del Rosario.

Si al norte de la Magdalena nos llenamos con el ambiente sencillo que invade aquella puerta por la que el Rey Santo entró a conquistar Sevilla, al sur las sombras altivas de la Caridad nos devuelven a tiempos de gremios de areneros, cesteros y toneleros, de pícaros y juglares, de Mañara y Valdés Leal, de Murillo y Montañés, de cantos infantiles entonando la cuarteta de Miguel del Cid, de movimientos concepcionistas que no cayeron en saco roto.

Y entronizada en aquel postigo que fuera entrada del oro del olivar llegado del Aljarafe, la Pura y Limpia.

Coronando este altar tenemos la alegoría y el homenaje que los pinceles sevillanos rindieron a una de las mayores gestas que la fe y los desvelos de esta tierra consiguieran.

150 años de la definición de un dogma por el que cada 8 de Diciembre renovamos juramento en su defensa.

Gran logro de la iglesia sevillana, que se perpetúa en monumentos y cerámicas, banderas y lienzos, plazuelas y glorietas y en el Postigo, en un joyero tras rejas de forja en cuyo barroco retablo se alza triunfante la Coronada imagen de María Inmaculada.

Mañana, Sevilla volverá a proclamar el Sinelabe Concepta por sus calles y la torre repicará como aquella media noche en la que conoció que el Pontífice Paulo V había mandado que nadie osase afirmar ni defender opinión contraria a la Pureza Virginal de tan Excelsa Señora. O como aquel ocho de diciembre de 1854 en el que Pío IX promulgó la definición del dogma o al igual que cuando el mismo día del año 2000, nuestro hoy Cardenal, Fray Carlos coronó las sienes de la Pura y Limpia del Postigo.

Mañana, la Giralda, repicará alborotando la paz de las palomas que dormitan entre jarras de azucenas, símbolo inequívoco de el gran amor de Sevilla: María Inmaculada.

Ya no hay convento en Regina,

ni púlpito que te ofenda,

ni hay sevillano que ose

a presentarte una afrenta.

En la Plaza del Triunfo

tus bucles el aire peina

y el sol, la luna, los astros

te ofrecen sus reverencias.

Seguro que a los balcones  
de aquella morada eterna  
orgullosos cada día,  
para asomarse, se acercan  
junto a Bernardo de Toro,  
Pío Nono y Vazquez de Leca.  
Desde allí, con regocijo,  
con algazara comprueban  
como sigue esta Sevilla  
rindiendo honor a su Reina.  
La que junto a la alcazaba,  
con estampa murillesca,  
es alcázar que defiende  
de su temor a esta tierra.  
Mañana será María,  
flor de azahar entreabierta,  
fulgente palio de plata,  
voto de sangre y de cera,  
silencio desafiado  
por la alegre primavera.  
Que la Giralda destape  
el bronce de sus poemas  
y que componga romances  
con frescura mañanera.  
Que el alminar de la gloria  
luzca celestes banderas  
y bailen ángeles seises  
por esa Rosa Heredera

de la majestad del Padre  
que la coronó de estrellas.  
Que Sevilla se engalane  
del centro a la periferia  
y entonen salves de almíbar,  
San Benito a Valvanera,  
Nervión a su Auxiliadora,  
San Martín a su Enfermera,  
San Ildefonso al espejo  
de justicia que pondera  
al rumor de San Leandro  
-torno con sabor a yemas-,  
la figura Soberana  
de sastres y reyes Reina.  
Como el ángel saludara  
al darle la buena nueva  
de que el Espíritu Santo  
se serviría de Ella  
para acercarnos la gracia  
salvadora hasta la tierra,  
la anuncie Juan XXIII  
y allá por la calle Feria  
la llamen llena de gracia,  
Señora de la Cabeza,  
Montemayor donde vamos  
a rendirle amor y cuentas.  
Que entone salves San Roque  
a la Virgen de la Sierra,

Padre Pío a su Pastora  
y el Plantinar a su estrella  
ese Sol que es Luz de vida  
del Barrio de San Esteban.  
Aunque pasaron los siglos,  
el nuevo milenio llega  
entonando Avemarías,  
oraciones y falsetas.  
¡Eternamente, Señora,  
Bendita sea tu Pureza!  
que en el Arco del Postigo  
con majestad te presentas  
en capillita de albero,  
tras hierros de una cancela  
que custodia ese tesoro  
por el que Sevilla entera  
lleva orgullosa grabadas  
en la masa de sus venas  
las quince letras de oro  
del sinelabe concepta  
de María Inmaculada,  
Sevillana Madre nuestra.

La infancia es pilar de nuestras vidas. Los niños beben de su alrededor y mientras paladean las esencias primeras que se les brinda van llenando el pozo del conocimiento que más tarde curtirá su personalidad.

María jugó un papel fundamental en la vida de Cristo. La cercanía de las madres engarza las vivencias en un broche que ni la lejanía ni la ausencia pueden arrancar. A su vez, los padres se encargan de mostrar el lado rudo pero afable, recio pero acogedor de la enseñanza. A pesar de que los modelos familiares hayan cambiado, no ha variado ni un ápice el sentido cristiano que emanan, el sentido de familia no es otro que entregarse a los demás, como se entregaron María y su esposo, el Santo Obrero José, el carpintero que supo aceptar los propósitos del

Espíritu y darse, como cada mes de mayo a la feligresía que lleva su nombre a la vera del Fontanal.

Justa es la igualdad y justo el respeto sobre todas las cosas, pero el darnos en cuerpo y alma para mantener el calor familiar no lo debemos confundir con anteponer lo material a lo espiritual por satisfacer caprichos momentáneos que no servirán para nada. Esa es una de las claves que deben configurar los modelos de educación infantil, querer y sentirnos queridos no es una necesidad, es una obligación que no entiende de colores, razas, creencias ni fronteras y que debe convertirse en ofrenda diaria; de ese día a día que no tiene leyes marcadas pero que Sevilla recorre como si de unos mandamientos dictados por el pueblo se tratasen.

A esos reglamentos fundamentales se unen la enseñanza que inserta a nuestras mentes las costumbres. El hacer lo que hemos visto a nuestros padres, que a su vez vieron de nuestros abuelos y que intentaremos inculcar a nuestros hijos. O acaso hay familia hispalense que no haya recorrido, por ejemplo ese trayecto dominical que lleva hasta la plaza de la Alfalfa, escena cromática digna, aun hoy, de un lienzo de García Ramos.

Dicen que los domingos, bien temprano, se ve corretear a un niño por la plaza.

Cuentan que un alboroto reina en la Alfalfa con las luces de la mañana, que los animales le dan un toque jubiloso a la escena que puntual se repite cada semana y que cuando se ve aparecer a ese chiquillo, chato y juguetero, todo se transforma.

A pesar de que corretea solo, una mujer hermosa lo vigila desde la cuesta de la Costanilla, esa misma que lo saca de paseo por los callejones de la Judería y lo contagia con la Alegría de la que asumió concebir al Verbo y convertirlo en flor humana en su vientre, o que lo lleva a que tome el sol a los jardines, frente a la Puerta de la Carne, para que la luz de Sevilla sonroje los perfiles de ese rostro que es su fiel retrato, blanco y radiante como las Nieves de los picos más altos, esos que parecen acariciar el cielo como Ella misma lo acaricia acurrucándolo en sus brazos y dejándolo dormido los días en que los paseos se hacen largos.

Porque al tierno Chiquillo le gusta perderse junto a su Madre y que Ella le presente a los vecinos de aquellos barrios donde fue dejando amores. Y así pasean según la fecha, por San Román en mayo, que el Sol de aquella calle que desemboca junto a donde nació Madre Angelita es muy "agradecido" y como estuvieron mucho tiempo sin visitar a esa gente, cada vez que se dejan caer por allí les forman unas fiestas como las de antes y hasta adornan los patios para recibirla, sabedores de que llega a sus puertas la que siempre fue su Auxiliadora.

Cuando por Julio aprietan los calores, prefieren buscar rincones angostos y toman el fresco de las calles aledañas a Santa Catalina, San Gil, o las sombras de los alrededores del Santo Ángel y la Alameda, allí donde la vecindad la llama Carmen.

Julio trae esos soles  
que caen a plomo,  
frescor por las callejas  
donde me asomo  
para ver si te encuentro.  
Busco tus pasos  
y me ofreces al Niño

que va en tus brazos.  
Por Ti un escapulario  
llevo "colgao",  
muestra de los amores  
que me has "brindao".  
Carmen flor de verano,  
dama de noche  
que aromas nuestra vida  
sin un reproche;  
y es que no en vano,  
por Ti suena ese nombre  
tan sevillano.

Ella sonríe viendo como su Dulce Bien, sin hacerse notar, bendice con la señal de la cruz, discreto, casi jugueteando, a los vencejos que revolotean por su celeste alrededor y es que al Niño, ese vuelo le recuerda a los pajarillos que al clarear de cada domingo le entonan himnos por la Alfalfa, Vencejos que lo arrullan cuando rendido cae sobre el hombro de su Madre allá por la Resolana, siempre se queda dormido al cruzar el arco de nuestra Esperanza y Ella, al oído, le entona una nana que aun dolorosa remata con gozos y glorias y que parece reconfortar el descanso de ese Infante que intuye que es mejor dormirse, que cuando pasa despierto por la Macarena ve a su Madre llorar un llanto que le dura hasta que vuelven por San Luis y llegan a Santa Marina. Allí, una vez enjugada las lágrimas, le cuenta como hace años haciendo prácticamente el mismo recorrido que ellos siguen, un Capuchino derrochó todo su amor hacia su gentil persona y la rodeo de flores y la honró con un rebaño, grandezas naturales de la creación.

Los grises días que asolaron la ciudad la dejaron sin casa y hoy, después de muchos años de generosa hospitalidad, tiene un hermoso risco para atender al redil que tanto se multiplicó que tuvo que buscar nuevos pagos tanto en la capital como en la provincia, y si en Cantillana encontró terreno fecundo, en la casa franciscana de San Antonio hallaron intimidad conventual y la alegría de compartir rebaño para que siempre esté auxiliado y pastoreado como Dios manda.

Tres siglos dan poder a ese cayado  
poderoso y humilde que nos guía.  
No ha habido en el rebaño un alma impía  
que tu cetro sencillo haya olvidado.  
Por las peñas más altas, los collados,  
por colinas, alcores, serranías,



has buscado la fe que se perdía  
en las quebradas sendas del pecado.  
Sin sosiego tu empeño, que no cesa  
mientras siga perdida alguna oveja.  
Y cuando tras buscar la has encontrado  
y has visto que de ley se arrepentía  
te has sumido en fontana de alegría  
y en vez de castigar la has perdonado.  
Madre del Buen Pastor, Pastora mía,  
capuchina visión de apostolado  
que al amparo de un barrio has arribado  
tras un peregrinar que empezó el día  
que en un crisol doliente convertía  
aquel risco que tanto has añorado,  
primitivo vergel donde el pasado  
tu Gloriosa Asunción defendería.  
Remembranzas dormidas en la siesta  
a la que invita el rayo de luz nueva  
que un velo de vaivenes ha corrido.  
Los címbalos presentes tañen fiesta  
y aunque el destino puso muchas pruebas  
tu nuevo altar la pena ha merecido.

Tras los albores pastoreños de San Gil o Santa Marina, San Lorenzo se convirtió en prólogo del segundo brote que la advocación gozó a principios del dieciocho, un pretérito obligado a cambiar de paraje, aunque no de feligresía y aún hoy nos regala por mayo ese rostro inclinado que no quiere perder de vista al cordero de sus entrañas.

Desde un compás de convento.  
viene la humildad triunfante,  
que el triunfo de lo humilde

es pregón en su semblante.  
Déjame seguir tus pasos  
por ti seré caminante.  
Si tú me ayudas Pastora  
el zagal de mis creencias  
con sus ansias soñadoras  
se arropará en tu sapiencia  
y servirá a tu rebaño  
amparado en tu presencia.  
Cuando la tarde se ponga  
sobre un perfil cartujano  
y las sombras acaricien  
el laberinto encalado  
que envuelve cual filigrana  
tu convento franciscano,  
te acercaras a tu barrio,  
que nunca dejó de serlo  
y la dulzura en tu mano  
destapará anhelos nuevos  
cuando acaricie la noche  
las lindes de San Lorenzo.  
La Virgen va acariciando  
al Cordero de la vida  
y un atardecer de mayo  
viene curando la herida  
de una plaza que es cobijo  
del mismo Dios en Sevilla.

Las glorias sevillanas gozan de una salud que tenemos la obligación de mantener. En nosotros está la custodia y el testigo que nos han dejado tantas gentes de bien que, tras la decadencia de mediados del siglo pasado, defendieron a ultranza la Pascua cofrade sevillana.

Mis palabras quieren volver a la cuesta de San Isidoro para pedirle por esa Salud a María y lo haré imaginando un domingo de esos en los que su niño se escapa a jugar con los animales que llenan la Plaza de la Alfalfa.

Oye, ¿tú que vienes solo?-

-Sí, pero mi Madre sabe

donde estoy-. - Yo te conozco

¿Tú no eres ese chiquillo

que vive en San Isidoro?-

-Claro que sí, soy el chato.

Lo de chato es un apodo

pero que mi Madre dice

que le resulta gracioso

y como le gusta a Ella

cuando me llaman respondo,

aunque mi nombre es Jesús

así me conocen todos.-

-Y aunque vivas tan cerquita

¿no hay nadie que te eche un ojo?-.

-Por supuesto, si te asomas

a la esquina, sólo un poco,

ya verás como mi Madre

no se va. De todos modos

Ella encarga a los vecinos

que cuando vean alboroto

me suban hasta mi casa.

Como que me quieren todos

y a mi Madre no digamos.

Algunas veces me pongo  
celoso, pero al momento  
vienen de casa Manolo  
del antiguo Motorismo  
o del Donaire o del Horno  
y me dan un desayuno,  
a veces hasta me como  
un bocadillo en la tienda  
de Nicolás, y me pongo  
lo que yo quiera a mi gusto

y "to" le parece poco,  
caramelos, avellanas.  
Como que Juan es fenómeno,  
el hijo de Nicolás-  
-Ya lo sé, yo lo conozco.  
Si por las cosas que cuenta  
he sabido de vosotros.  
¿Les tienes cariño?-. - Claro,  
vivimos codo con codo.-  
-Pues nada más que por eso  
voy a acompañarte un poco  
para que veamos juntos  
los canarios, los palomos.  
o esos ratoncitos blancos  
que son feos pero graciosos.  
Así pasó la mañana  
y todo el que nos paraba

nos hablaba de la Madre  
de esa Criatura Santa  
y es que "to" el que la conoce  
sabe que en toda la Alfalfa  
no hubo vecina ni habrá  
como la que cuando pasa,  
con sus aires de princesa,  
gloria bendita derrama.  
Sensaciones que devuelven  
lo que de su nombre falta.  
Tanto me hablaron de Ella  
que yo, en aquella mañana  
de dorados resplandores  
que con su niño jugaba,  
por conocerla me fui  
a acompañarlo a su casa.  
Cuando el reloj de Sevilla  
marcó la media mañana  
me encontré en la Costanilla  
la Salud de su mirada.

A Jesús por María, lema que muestra la fórmula redentora que Sevilla abandera desde tiempo inmemorial.

Sólo tenemos que echar un vistazo a la historia para comprobar el peso de la elocuencia que nos presenta a una ciudad de convicción ineludiblemente mariana.

Desde su afán impulsor sobre el papel que jugó la Madre de Nuestro Señor, también fue la primera ciudad del orbe en defender la Realeza Universal de su inequívoca Soberana.

Tierra bendecida por el Espíritu que inspiró éste y otros nobles logros.

Reina del Paraíso, Sagrario que fuiste del Dios hombre, Eucarística esencia de los Terceros, templo donde por primera vez resonó la enérgica defensa de la que después decretara pío XII

verdad fundamental. Mismas paredes que albergaron a aquellos cuarenta hombres que, en memoria de las cuarenta generaciones que van de Abrahán a José, ofrecieron pleitesía a la Terrenal Encarnación de Nuestra Señora.

Aquel paseo de la palabra, que comencé a la otra orilla, está llegando a la meta de sus intenciones. Y ya que vine atravesando el centro buscaré la vuelta por una calle que me devolverá al punto de partida de la razón por la que hoy estoy viviendo la grandeza de sentirme hijo de Dios y sevillano. La calle de la Feria me acercará hasta la orilla soñada de cada Pentecostés, la venida del Espíritu sobre los apóstoles no fue exclusiva, el fuego de la Gracia Divina siguió incendiando la fe de todos los Santos, esos que cuando las noches se acortan y el ojival de *Omniun Sanctorum* se vuelve pórtico de la dulzura se postran inclinados ante tanta maravilla.

Pero mi Pentecostés, el que convierte los ocasos del mes de mayo en explosión jubilosa y en gozo repetido cada año, está influido desde la infancia por una diagonal que forman la parroquia de San Gil y la casa provincial de los Capuchinos, frente al templo mudéjar de San Julián, custodio del patronazgo municipal de Santa María de la Hiniesta y de la morenez sin parangón de la Virgen del Rosario.

Barrio que me vio crecer y que me llevó hasta el regazo de sus glorias. Glorias que configuraron mi sentir cofrade desde el Santuario Salesiano de María Auxiliadora,- donde cumplí mis primeros sueños costaleros bajo la atenta mirada de Don Bosco-, hasta la íntima capilla de San Gil a donde me acercó un buen día la música para que compusiera sevillanas a la Virgen del Rocío que por aquel tiempo acababa de posarse en el dorado palomar de mi barrio.

La plaza del Salvador me dio la alternativa como peregrino y me enseñó que para la oración cualquier sitio es bueno si el corazón está predispuesto; ya sean pesadas arenas de marismas por primavera o céntricas calles con fríos navideños.

Pero fue en el barrio de la Macarena y en aquel grupo humano que formaba y forma la Hermandad del Rocío, donde encontré la ilusión de compartir oraciones y ansias nuevas a compás de palmas y tamboriles. Junto a ellos sigo celebrando cada Pentecostés.

Cual retablo caminante

va el Simpecado Divino

bajo cúpula de plata,

remate catedralicio.

En medio la Virgen Pura

y su Niño el Pastorcito.

Cada Pentecostés llega

reverberando entre lirios

fuegos de Espíritu Santo

y frescuras de Rocío.

Que me gustaría, Señora,

ser por siempre peregrino

del camino macareno.

Que el calor de los amigos

acaricie las vivencias

del sendero recorrido.

Y es que Tú sabes, Paloma,

que cada año es distinto,

que nuestra vida da vueltas

como piedras de un molino

pero que mi barrio muele

su fe con tu patrocinio.

Y cuando la quinta luna

del almanaque, solsticio

de amor de tu amanecida,

luce su redondo brillo,

la Marisma es Macarena,

la Macarena, Rocío,

mi reunión, hermandad

tu ⑥Simpecao⑦, oro fino

tu carreta majestad,

tu majestad señorío.

Y todos los que te quieren

se van andando contigo.

Con Sevilla Sur, su gente,

El Cerro con sus vecinos,

El Salvador y Triana

con su saber y su sitio.

Y desde San Gil los sueños

del barrio donde he "crecí",

y con el que quiero ir  
mientras mis cinco sentidos  
puedan sentir como siento  
tu Pentecostés bendito.  
Con la Macarena siempre  
y cuando escuche los trinos  
de las marismas eternas  
arrullando mi destino  
me iré buscando, Pastora,  
la gloria de tu camino.

Ay Pastora, que bien me suena tu nombre, sevillana devoción, candil de mis noches, compañía constante de mi fe, que hoy he venido a proclamar ante tu Simpecado del Cerro del Águila y que la mantengo inalterable gracias a tu mirada sosegada y a tu Hijo Todopoderoso y Amable.

Ojalá haya conseguido al menos que mi proclama contagie al aire de Sevilla y que hayas escuchado mis súplicas y ruegos, los de siempre, los que desde que correteaba vestido de monaguillo por los claustros de tu casa, cama de la devoción que te profeso, entonaba con música del padre Buenaventura, -Seguir Siempre tus pasos, Pastora mía, quiero-, esos ruegos que tantas veces se convirtieron en agradecimiento sincero a tu mediación, alentados por un fraile loco de amor por Ti que a igual que Isidoro de Sevilla, Diego José de Cádiz o Juan de Ardales se desvivió por que a esta ciudad, que te hizo suya, siempre le llegara tu fragancia capuchina.

Y ha dispuesto Dios que un hijo de San Francisco, tras haber querido su Santidad el Papa volver a regalarle a la Iglesia de Sevilla la púrpura cardenalicia en su persona, haya reconocido el esfuerzo de tantos hermanos menores por perpetuar tan evangélica advocación y como Fray Isidoro la soñara, haya elevado a rango de canónica la coronación que el Padre Ardales promoviera en el año 21 segunda coronación sevillana tras la de nuestra augusta Patrona de la que estamos celebrando su Centenario.

Gracias de todo corazón fray Carlos, porque con su reconocimiento ha colmado su eminencia la dicha de millares de hijos de su diócesis y de hermanos suyos que heredaron el no propio franciscano, retratado a la perfección en la iconografía de la Pastora de Capuchinos. Imagen ésta, que la continuidad de su rebaño la acercó a nuestros días con una devoción constante y aunque los avatares de cada época marcaran el pulso del fervor popular, jamás se apagó el que los sevillanos le rindieron a la Emperatriz de los Cielos y la Tierra, mi amada flor fragante de helénicos perfiles que, desde la casa donde Dios iluminó a fray Isidoro, bendice al barrio que la vio nacer y a todo el que busca el calor de su manto.

En tu rostro se posaron  
el espíritu y la gracia  
y le robaste hermosura



a las perlas cultivadas.  
Claridad a la amanecida  
y brillo al oro y la plata  
cuando el aire salinero  
atravesó las ventanas  
para impregnar en las manos  
benditas que te tallaran  
toda la sal marinera,  
de bahía gaditana,  
que le imprimió a tus perfiles  
ese gracejo que engancha  
y que invita a la oración  
y que incluso nos da ganas  
hasta de lanzar al viento  
nuestra voz diciendo guapa.  
Dos siglos dando a Sevilla  
la candidez de tu cara.  
Cuando el perfume de mayo  
en el convento, destapa  
el bálsamo del cariño  
del barrio que te proclama:  
Dueña de sus emociones,  
fuente de su sed saciada,  
agua de sus manantiales,  
centinela de sus casas,  
todo se viste de flores  
esperando tu llegada.  
Porque por mayo regresan

los recuerdos de la infancia  
vestidos de pastorcitos  
acompañando tus andas,  
o con tambor de juguete  
tocando junto a la banda  
o entre navetas e incienso,  
roquete marrón y un alba  
que visten al monaguillo  
que un día te acompañara  
y que nunca abandonó  
ese rincón donde pasta  
el rebaño que conduces  
bella Pastora de almas.  
Láudes, vísperas, maitines,  
salves, rosarios, plegarias,  
banda sonora del centro  
de tu advocación, morada  
que fuera de la locura  
que te hizo sevillana.  
Siempre cantando tus glorias  
y celebrando la Pascua  
del Eterno Pastorcito  
que el mismo Dios fecundara  
convirtiéndote en Pastora  
de toda la raza humana.  
Reina déjanos, por mayo,  
ser de tu sombrero el ala,  
que no le moleste el sol

a esos ojos que remansan  
el rumor indiferente  
de los que perdidos andan.

Madre déjanos, por mayo,  
ser rasgueo de guitarra,  
acorde para el balcón  
donde por mayo te paras  
en esa calle con nombre  
de melodía cubana.

Pastora quiero, por mayo,  
volver al costal que hermana  
a los veinticuatro hombres  
que pasean tu elegancia,  
a tu risco de novena,  
fiel tradición conservada  
por los frailes que te dieron  
a la familia cristiana.

Volver al duelo de rosas  
por acariciar tus plantas,  
lluvia que deja tu paso,  
tras la inmensa petalada,  
cual alfombra de colores  
o marea perfumada.

Dos siglos atravesaron  
las hojas de tu ventana,  
dos siglos de resplandores  
en Sevilla entronizada  
como Reina Capuchina

## mi Pastora Coronada

Después de haber paseado por la tierra que te guarda, sólo me queda pedirte por ella, por sus dirigentes, porque nunca se apague el ascua de su fe, y junto a Santa Lucía, os pido que aquellos que no ven las grandezas del Reino que tu Hijo nos promete, consigan algún día encontrar la verdad y la vida y entonen convencidos, como entona el barrio de Nervión, en Vos confío.

Y pido por vosotros, como no, que depositasteis en mí vuestra confianza, la que espero haber podido justificar. Por las hermandades de gloria que me han mostrado durante estos meses su cariño y su aliento. Por los amigos que siempre están ahí en lo bueno y en lo malo, Dios os Bendiga. Por mi familia que comparte todas mis ilusiones. Por mi presentador, agradecido por sus palabras, que Dios lo ilumine para que desde el cargo que ostenta siga apoyando a esta ciudad y a sus Hermandades. Por el Consejo de Hermandades y Cofradías para que sus decisiones favorezcan siempre el sentido de unidad y hermandad con mayúsculas que debe imperar en las cosas de Dios.

A Jesús por María, al Rey por la Reina, al Pastor por la Pastora.

He paseado tus calles, Sevilla,  
pregonando he caído en esas redes  
que tejiste con blondas de mantilla,  
arrayanes, geranios y claveles.  
He llegado al joyero que custodia  
y guarda a la mejor de las mujeres  
y he puesto el corazón en pregonarla  
y la voz en cantar esas mercedes  
por las que hasta el final daremos gracias  
a Ella y al Fruto amado de su vientre.  
Me he sentido juglar de su hermosura  
pedigüeño de estrellas de su frente  
por poder proclamar su realeza,  
zaguán o portalón donde ofrecerle  
a todo el que reciba mis poemas  
la entrada del fulgor resplandeciente  
del dulce y bello nombre de la Virgen,  
de María que cinco letras tiene.  
Y que Tú, mi Sevilla, en la mañana

en la que la mirada se detiene,  
bajo sombra agarena de Giralda,  
campanario, veleta y minarete  
locura que a las ocho en los relojes  
en repique de gloria se convierte.  
La llamas en honor a San Fernando  
Patrona, Madre y Reina de los Reyes.